



**Catequesis de Cuaresma de
S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana**

**S.M.I. Catedral de La Habana,
20 de marzo de 2015.**

Quinta catequesis: “Jesús y los pecadores”.

Desde el principio de estas Catequesis vimos que el pecado no se da como una realidad que existe en sí misma y que se introduce en el ser humano dañándolo. Por eso decíamos que para definir el pecado hay que llegar a buscarlo en la actuación concreta de un ser humano, ya que depende de un enfoque falso, errado o malo de una persona consciente con respecto a su actuar en la vida. Por ejemplo, en un demente que mata no hay pecado.

Luego, cuando se dice “pecador”, se está hablando de esa persona consciente que obra advertidamente de modo no bueno. Por eso no nos preguntamos como título de esta clase “¿qué es el pecado para Jesús?” Ni la titulamos algo así como: “Jesús y el pecado”.

Porque el Evangelio no es un conjunto de respuestas a las preguntas acerca de temas humanos, de la sociedad o de sus instituciones. Por ejemplo: Jesús no tiene un discurso sobre la familia, sobre la juventud, ni sobre el trabajo humano, ni sobre la justicia social, ni sobre qué es la santidad o qué es el pecado.

Jesús, cuando comienza a predicar dice: *“Conviértanse, arrepíentanse, porque está cerca el Reino de Dios”* (Mc 1, 14). Es decir, comienza por invitar a sus oyentes a tomar actitudes buenas, positivas o a evitar las acciones negativas o malas. Por ejemplo: dice a sus discípulos: *“Los grandes de este mundo oprimen a sus súbditos... no sea así entre ustedes, quien quiera ser el primero entre ustedes que se haga el servidor de los demás”* (Mc 10, 42-44).

Vemos cuál es el clima existencial donde se revela el pensar y el sentir del Hijo de Dios: Encuentra al ser humano individualmente, o a veces en grupo, otras en multitudes y los invita a ser mejores, y los exhorta a creer en Dios, y los sana y perdona sus pecados.

Y así es como se encuentra concretamente con hombres y mujeres que son pecadores. ¿Cómo actúa Jesús en estos casos?

Jesús vino a presentarnos el rostro de la misericordia de Dios y cuando encuentra a los pecadores perdonará siempre, porque la misericordia es aquel aspecto del amor que, viendo en los seres humanos su indigencia, su incapacidad para afrontar su estado deplorable, su miseria, lleva a alguien a actuar para aliviar o superar esa miseria. En el hombre la misericordia es limitada siempre, pero en Dios, que ama sin límites y que tiene

todo el poder, su misericordia es infinita y así es como Jesús se acerca a los pecadores y los perdona siempre. Así nos muestran los Evangelios a Jesús, principalmente el de San Lucas.

Dios nunca compartió con nosotros nuestra miseria más radical, que es el pecado, pero mostró la misericordia hacia el pecador de manera tangible e inequívoca en su Hijo Jesucristo, especialmente en su trato con los pecadores.

Jesús se conmueve ante la debilidad humana y da el perdón, aún a quien no se lo pide, como en el caso de la adúltera: Todos los hombres quieren apedrearla, Jesús interviene, se dirige a aquel grupo de hombres que le preguntan para ponerlo a prueba: La Ley de Moisés dice que debemos apedrear a las adúlteras ¿tú qué dices? Y Jesús responde: “Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra”. Y se fueron todos, empezando por los más viejos. Y quedó ella sola con Jesús. Entonces (ya la había salvado de la lapidación), le dice: “Mujer nadie te ha condenado, yo tampoco te condeno: ‘Vete y no peques más’”. Y ella no había pedido su perdón. (Cf. Jn 8, 1-11).

Los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) muestran frecuentemente a Cristo entre los pecadores para escándalo, no pocas veces, de las autoridades religiosas de Israel. Y Jesús dirá en más de una ocasión, que esas autoridades religiosas son quienes más tienen necesidad de encontrarse con El.

Pero Jesús pasa perdonando a cuantos encuentra: *“Viendo Jesús la fe que tenían le dice al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados”* (Mc 2,5).

Y no podemos olvidar su perdón a la pecadora:

“En esto, una mujer, pecadora pública, enterada de que estaba a la mesa en casa de un fariseo, acudió con un frasco de perfume de mirra, se colocó detrás, a sus pies, y llorando se puso a bañarle los pies con lágrimas y a secárselos con el cabello; le besaba los pies y se los ungía con la mirra. Al verlo, el fariseo que lo había invitado, pensó: Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer lo está tocando: una pecadora.

Jesús tomó la palabra y le dijo

- *Simón, tengo algo que decirte.*

Contestó:

- *Dilo, maestro.*

Le dijo:

- *Un acreedor tenía dos deudores: uno que le debía quinientas monedas y otro cincuenta. Como no podían pagar, les perdonó a los dos la deuda. ¿Quién de los dos lo amará más?*

Contestó Simón:

- *Supongo que aquél a quien más le perdonó.*

Le replicó:

- *Has juzgado correctamente.*

Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón:

- *¿Ves esta mujer? Cuando entré a tu casa, no me diste agua para lavarme los pies; ella me los ha bañado en lágrimas y los ha secado con su cabello. Tú no me diste el beso de saludo, desde que entré, ella no ha cesado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con perfume; ella me ha ungido los pies con mirra. Por eso te digo que se le han perdonado numerosos pecados, por el mucho amor que demostró. Pero al que se le perdona poco, poco amor demuestra.*

Y a ella le dijo:

- *Tus pecados te son perdonados.*

Los invitados empezaron a decirse:

- *¿Quién es éste que hasta perdona pecados?*

El dijo a la mujer:

- *Tu fe te ha salvado. Vete en paz”. (Lc 8, 37-50).*

Bastaría esta escena para que se nos revele la infinita misericordia del Hijo de Dios.

Jesús quiere llevar a los pecadores a la conversión.

Cristo ofrece el perdón de los pecados, pero pide al hombre para ello una actitud de arrepentimiento y conversión. A quienes no aceptan el arrepentimiento y la enmienda les pasa como al fariseo de la parábola: *“De pie, en los primeros asientos decía: ‘Señor, te doy gracias porque cumplo todos mis deberes religiosos y no soy como ese publicano que está ahí detrás’. En el fondo de la sinagoga, de rodillas e inclinado, el publicano decía: ‘Señor, ten compasión de mí que soy un pobre pecador’” (Lc 18, 9-17).*

El fariseo no puede alcanzar el perdón de Dios porque no tenía una actitud de penitencia, se creía “perfecto”, sin pecado y es como si Dios se sintiera impotente ante quien no siente la necesidad de salvación. Y así este último llegó a la casa perdonado y el primero no.

Cuando los fariseos acusaban a Jesús de reunirse con pecadores y comer con ellos, Jesús respondía: *“No necesitan médico los sanos, sino los enfermos, yo he venido a sanar a los pecadores” (Lc 5, 31).*

En el inicio de su vida pública Jesús fue precedido por Juan el Bautista. El predicaba esperando la llegada al mundo del enviado de Dios que traía la remisión de los pecados, y ofrecía a todos un bautismo que era un acto de penitencia, lo hacía con estas palabras: *“Hagan penitencia, de lo contrario el que viene los bautizará en el fuego”.* Para el Bautista este fuego es el de la ira de Dios y el del juicio de Dios, el que consume la paja una vez separado el buen grano (Cf. Mt 3, 1-12).

Esta es la perspectiva de los discípulos de Juan.

Cuando el Bautista vio pasar a Jesús, lo señaló a sus discípulos diciendo: *“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29)* y varios de aquellos discípulos siguieron a Jesús preguntándole dónde vivía. De los antiguos discípulos de Juan vienen, pues, algunos discípulos de Jesús, que como el joven Juan conservan las perspectivas de su antiguo maestro (era llamado Juan “hijo del trueno”). Lo vemos en una ocasión en que Jesús no encontró alojamiento en Samaria porque los samaritanos no quisieron hospedarlo

y Juan dijo a Jesús: *“Señor, ¿quieres que caiga sobre ellos fuego del cielo por haber hecho eso?”* Y Jesús le responde: *“No, ¿no comprenden ustedes con qué espíritu debemos actuar?”* (Cf. Lc 9, 51-56).

Pero ya el mismo Juan Bautista se había hecho preguntas al oír que Jesús no sólo invitaba a los pecadores a convertirse y a creer, sino que proclamaba que El había venido únicamente a esto: para curar y sanar y su discurso no contenía amenazas para los pecadores. Y desde la cárcel manda a preguntar con sus discípulos a Jesús: *“¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?”* (Lc 7, 20).

En efecto, si bien Jesús vino a traer fuego a la tierra y El mismo lo dice: *“Fuego he venido a traer a la tierra y ¿qué he de querer, sino que arda?”* (Lc 12, 49), se trata del fuego del amor divino que viene a sembrar la misericordia, porque El no fue enviado por su Padre como juez, sino como salvador: *“Yo no he venido a condenar, sino a salvar al mundo”* (Jn 3, 17ss).

Para cumplir esta misión de salvar invita a la conversión a todos los que la necesitan y suscita esta conversión con sus parábolas: especialmente la del Padre misericordioso con su hijo pródigo (Lc 15, 11-31).

Jesús pasa entre los hombres no sólo perdonando explícitamente los pecados, aún a la adúltera que no se lo había pedido; sino invitando a la conversión, al arrepentimiento y al cambio de vida. En las buenas respuestas que recibía de la gente iba implícito que los pecadores han sido perdonados, porque se han arrepentido.

Por ejemplo, cuando vio a Zaqueo trepado en el árbol para poder ver a Jesús que pasaba, le dijo: *“Baja, Zaqueo, voy a hospedarme en tu casa”*. Y allí Zaqueo, que era un negociante que había ganado mucho dinero malo, le dijo: *“Señor, doy la mitad de mis bienes a los necesitados y si a alguien dañé le resarciré debidamente”*. Luego Zaqueo se había convertido, y tenía el favor de Jesús que venía a su casa. El gesto amable, amistoso de Jesús, lo llevó a la conversión (Lc 19, 2-10).

A la samaritana que encontró un mediodía junto al pozo y se puso a hablar con ella le dijo que El tenía un agua viva que calmaría su sed de felicidad.

Y la que había tenido cinco maridos y el actual no era el suyo, se fue al pueblo a anunciar a los hombres que había conocido a un santo, a un profeta, un enviado de Dios, y fueron y vieron a Jesús y creyeron aquellos “despreciados” samaritanos en El (Cf. Jn 4, 7-29).

Esa mujer fue invitada a la conversión y quedó vencida por la misericordia de Jesús. Ahí está implícito el perdón de Jesús.

Cristo corona su obra pidiendo el perdón a su Padre para los pecadores: *“Jesús decía: ‘Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen’”* (Lc 23, 34) y derrama su sangre: *“En medio de la angustia, oraba con gran intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre”* (Lc 22, 44) y lo hacía en remisión de los pecados: *“Porque ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados”* (Mt 26, 28).

Verdadero siervo de Dios justifica a los pecadores con cuyos pecados carga: *“Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su sangre en rescate por la*

multitud” (Mc 10, 45), pues tal y como fue anunciado por el Bautista, El es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Por su sangre todos nosotros, pecadores, somos purificados, lavados de nuestras faltas: *“Si caminamos en la luz, lo mismo que El está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado”* (1Jn 1, 7),

Así nos presenta el libro del Apocalipsis cómo Jesús ha salvado al mundo por su sangre derramada:

“Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó para recibir el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo: ‘eres digno de recibir el libro y de abrir los sellos, porque fuiste degollado, y con tu sangre has adquirido para Dios hombres de toda tribu, pueblo y nación” (Ap 5, 6-9).

Los evangelios subrayan que los hombres son todos pecadores, pero no sólo es pecador quien comete pecados externos. *“Se ha dicho: quien es adúltero comete pecado, pero yo les digo más: quien ha mirado a la mujer de su prójimo deseándola es adúltero en su corazón”* (Mt 5, 28).

Aquí se condena al que en su interior es pecador, aunque sus acciones no sean externas. Esto era una novedad en Jesús.

El Señor concede una especial gravedad al pecado de escándalo: *“¡Ay, de quien escandalice a uno de estos pequeños!, más le valdría atarse al cuello una piedra de molino y lanzarse al fondo del mar”* (Mc 9, 42). El escándalo es inducir a otro a pecar.

El Evangelio no sólo considera pecador al que obra el mal, sino al que deja de hacer el bien. Son los pecados de omisión. Por ejemplo, el levita y el sacerdote que pasaron de largo y dejaron al herido tirado al borde del camino. Fueron pecados de omisión.

Sólo se señala un tipo de pecador que no podrá ser perdonado: el que peque contra el Espíritu Santo (Mc 3, 29), puesto que por su misma naturaleza este pecado hace imposible el arrepentimiento, pues es el Espíritu Santo quien nos inspira el deseo de abandonar el pecado para vivir en gracia de Dios.

Cristo resucitado aparece a los apóstoles y les muestra sus manos y sus pies con las llagas de los clavos, así como la del costado. Son las huellas de lo que le costó perdonar a los pecadores. Así ascendió a los cielos. Desde allí sigue perdonando a los pecadores. Allí, dice de manera poética el teólogo Urs Von Balthasar: *“A la puerta del infierno está Jesús con sus brazos abiertos mostrando sus cinco llagas y diciendo: “Aquí no me entra nadie”.*

Ese poder de perdonar Jesús no se lo llevó consigo únicamente, también lo dejó a su Iglesia.

Y ése será el tema de nuestra última catequesis de este año.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2015©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original